

LA CRUZ DE LA VICTORIA



DIARIO DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS.

Año XIII.

OVIEDO. — Jueves, 7 de Abril de 1898.

N.º 3.977.

“DEJAD Á LOS NIÑOS LLEGAR Á MÍ.”

SALE de Capharnaüm el hombre Dios para entrar en la Judea, camino siempre de Jerusalén, donde le aguardan tormentos crueles é ignominiosa muerte.

Por vía de testamento muéstranos su corazón amante y nos da reglas de vida con ejemplos tan sencillos y claros que la soberbia humilla y la humildad alaba, y hace de la ternura enseñanza. Su amor atrae y á la vez obliga: ley de amor es la suya.

Ni la vista que da á los ciegos, ni los demonios que lanza, ni los muertos que resucita convencen á los Fariseos.

Hasta los mismos discípulos dan señales á veces de flogedad en la fe y de carnal espíritu. Parécense aquellos días á los nuestros.

También nosotros entendemos el triunfo de Cristo á nuestro modo. Discutimos sus obras misteriosas, sometiendo las leyes de una sabiduría infinita al torpe discursar de una razón menguada. Dios debió hacer las cosas como la ciencia dice que debió hacerlas: Así admiten y únicamente se prestan á recibir «el reino de Dios» los que pasan por sabios.

¿Qué hace entre tanto el hombre Dios? Vedle en Capharnaüm enseñar la humildad á sus discípulos, tomando un niño, que pone en medio de ellos, y abrazándole «cualquiera que recibiere á uno de estos niños en mi nombre, á mí me recibe.»

Pasa luego á la otra parte del Jordán y le siguen las gentes, á quien de nuevo enseña las verdades eternas. Tiéntanle los fariseos con la cuestión del divorcio. Y los apóstoles le preguntan también sobre lo mismo en ocasión que le traen más niños, para que les imponga las manos y los bendiga.

Figúrase á los discípulos que aquello es interrumpir y distraer al maestro, y amenazan á quienes los niños traen. Pero Jesús lo lleva muy á mal. «Dejad los niños venir á mí, les dice... porque de los tales es el reino de Dios. En verdad os digo: que el que norecibiese el reino de Dios como niño no entrará en él.» Y abrazando á los niños, les impone las manos y les bendice.

Con los ojos del cuerpo vemos tan sólo la ternura en estos rasgos del Salvador del mundo; pero si meditamos, se descubre sin gran dificultad como de la ternura hace Jesús enseñanza.

Quiere que quien su reino reciba, le reciba como niño. Todo esto, dice después de la discusión, á que los fariseos le provocan. Quiere la sencillez y la humildad, quiere la

fe, no la soberbia de los, que su palabra someten á la humana razón.

Busca Jesús los niños, los abraza y bendice. Su reino les ofrece y le ofrece también á quien á los niños se parezca. Lección severa para los sabios modernos, que someten la palabra de Dios y las enseñanzas de la Iglesia al humano criterio.

¡Cuanto valen los niños! Niños fueron los primeros mártires. A los niños, y tan solo á los niños, abraza el hombre Dios. ¡Cuanto logran los niños de nuestros catecismos, convertidos, por la gracia de Dios en misioneros! ¡Oh, si publicar pudiéramos el

Jesús arroja del templo á los mercaderes.



DIVIDÍASE el templo de Jerusalén en dos partes, la una se llamaba *el Santo* en la que se hallaba el altar del incienso, ó del *Thimiamma*, cubierto de oro, la mesa donde se colocaban los panes de proposición y el candelabro: la otra parte se llamaba el *Sancta Sanctorum*, donde estaba el Arca del Testamento y los dos Querubines. En



«DEJAD Á LOS NIÑOS LLEGAR Á MÍ.»

nombre de los padres llevados al tribunal de la penitencia por sus hijos!

El hombre Dios los bendice y su bendición les da la gracia aun antes que la razón.

Satanás, envidioso, busca también los niños y quiere que antes de conocerle le amen. ¿De quien se vale? ¿Quien le ayuda en tan infame empresa? Resuena todavía la bacanal carnavalesca con los bailes de niños, delicia de sus padres insensatos, que les ayudan á perder la inocencia. Pero está escrito: «el que escandalizare á uno de estos pequeñitos.... mejor le fuera ser arrojado al mar con una piedra de molino amarrada al cuello.»

lo que se llamaba el Santo, entraban cada día los sacerdotes á ofrecer el incienso, sin que se permitiese la entrada á otras personas. En el *Sancta Sanctorum* entraba solamente el sumo sacerdote, y sólo una vez al año. Antes de entrar en estas dos partes del Templo, había una plaza cuadrada, cerrada con una muralla, la que se llamaba el atrio de los sacerdotes, en la cual bajo un hermoso templete se hallaba colocado el altar de los holocaustos, el que estaba cubierto de bronce: en esta plaza ó atrio, entraban no solo los sacerdotes, sino también los levitas, y todos los que estaban destinados para la mactación, escoriación y ablución de las víctimas; pero las personas vulgares no tenían entrada en ella, sino que en la puerta de aquel atrio ofrecían los animales vivos á los sacerdotes. En ninguno de

estos dos lugares entró Cristo porque no era reputado por sacerdote ni por levita. A más de los dichos se hallaban otros dos, donde los hombres permanecían en oración en unode ellos, y en el otro las mujeres; y estos dos atrios eran vulgarmente conocidos con el nombre de templo, debiéndose entender el uno de estos cuando se dice que Jesús entró en el templo.

Arrastrados los sacerdotes por su avaricia vendían por su cuenta en los pórticos y atrios del Templo, de toda clase de hostias, víctimas y oblationes, para que no sucediese que viniendo las gentes á ofrecer algo al Señor, no encontrando prontamente y á la mano quien les vendiese, se marchasen sin presentar alguna ofrenda á Dios; y esto lo hacían vendiendo también una y otra vez lo que se les había comprado y ofrecido al Señor; y para que los pobres no tuviesen excusa alguna para dejar de comprar aquello que querían ofrecer, tenían también colocadas allí mesas de cambiantes, que bajo recibo les prestaban la cantidad necesaria para la compra de las víctimas, con la esperanza de algún premio ó usura; sin reparar que esto era lo que expresamente estaba prohibido por Dios á los hijos de Judá por boca del profeta Ezequiel diciendo: No recibiréis usura ni ninguna superabundancia ó lucro por lo que prestáseis á vuestros hermanos.

Viendo pues Jesús convertida la casa de su Padre en casa de negociación, de usura y de latrocinios, enardecido su espíritu, é inflamado con el fuego del celo santo que le carcomía y devoraba, hizo un látigo de algunos cordeles y empezó á arrojar á los que compraban y vendían en el Templo; echó á rodar todas las cosas que habían de servir para hostias; las mesas de los cambiantes; y rompió las jaulas de los que vendían palomas; ni permitió que se pasasen de una á otra parte del Templo los vasos y demás cosas que no estaban ofrecidas y consagradas al Señor; y en fin todo lo que no servía al culto divino, y no había sido antes consagrado ú ofrecido á Dios, lo arrojó, y no consintió que se entrase otra vez dentro.

La indignación de Jesús aparece en todo su lleno en las palabras que pronuncia: Escrito está —dice á los mercaderes y profanadores del Templo— *mi casa es casa de oración, mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.*

Si eran ladrones á los ojos de Dios los que hacían aquellas acciones comunes y ordinarias en aquel templo, que sólo contenía una vislumbre de nuestros misterios ¿qué nombre merecerán las personas que con entretenimientos profanos, inútiles y pecaminosos, con acciones y palabras inmodestas, con escandalosa desnudez, y con vanos y extravagantes ademanes profanan las iglesias donde reside el mismo Salvador, y se ofrece su sacrificio? De Dios se burlan los que van á pecar á donde debieran ir á llorar; los que convierten la casa de la oración en teatro de prostitución y los que buscan la ira en la tesorería de la misericordia.

¡Qué terrible castigo espera á semejantes profanadores! San Crisóstomo lo comprendió y dió á conocer con las siguientes significativas palabras: en el Templo sufrió Cristo con paciencia las injurias que se dirigieron contra su persona, pero castigó terriblemente las que se dirigían contra su Padre.

Habló en esta ocasión y obró Jesucristo con tal aire de autoridad y grandeza, que daba bien á entender era mucho más que hombre, pues hallándose solo y sin armas en medio de sus enemigos, se hacía temer de tal suerte, que nadie se atrevió á hacerle resistencia, ni á quejarse de tan severo tratamiento.

JESÚS CORONADO DE ESPINAS.



JESUCRISTO Nuestro Señor, en la oración que dirigió á su Eterno Padre, cuando después de la Cena se retiró al huerto de las Olivas, rogábase que, si era posible, apartase de sus labios aquel cáliz de amarguras que le estaba reservado, aquel tropel de padecimientos futuros cuya sola representación le angustiaba hasta sudar sangre en tanta abundancia que regalaba tierra. Pero como su voluntad estaba en todo conforme con la del Padre, oraba diciendo: «Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad.» Era la voluntad del Eterno que su amadísimo Hijo sufriese todas las humillaciones y afrentas que la exquisita maldad de los hombres pudiera inventar en el delirio de la pasión. Por eso consiente que en aquella noche de angustias para Jesús, un discípulo traidor, el pérfido Judas, entregue con ósculo

de paz al Inocente Maestro en manos de sus crueles perseguidores, que, amarrándole como á un malhechor, le llevan por calles y plazas haciéndole el ludibrio de la canalla sin entrañas, que al pasar á su lado le arroja al rostro insultos, denuestos é inmundos salvajes, y descarga sobre sus mejillas sendas bofetadas que Jesús sufre sin la más leve queja. Por eso consiente que aquella soldadesca desalmada calumnie al Divino Salvador y le escarnezca, y que un juez cobarde é injusto le condene á los azotes, después que aquella chusma de foragidos prefirió la libertad del criminal Barrabás. No satisfecha aún la crueldad de los verdugos del Salvador, le despojan de sus vestiduras, y lejos de ablandarse sus corazones al ver el desecho que causarían los azotes en aquel santísimo cuerpo, se mofan de su desnudez, y cubriéndole para mayor escarnio con un manto de grana como á Rey, ciñen aquellas augustas sienes con una corona de espinas.

¡Qué afrenta! Los reyes del mundo,

los vencedores de la tierra, adornan sus sienes con preciosas coronas de oro y de laurel y El Rey de cielos y tierra ve su frente ceñida con corona de punzantes espinas al ser clavadas con rabia en la cabeza, llegaban hasta el cráneo, causando intensísimo dolor en la delicada carne del Salvador. De los agujeros abiertos por las espinas brotan hilos de sangre, que aún quedaba en aquella más noble parte del cuerpo, sangre que cae esparcida por los cabellos y por todo el rostro, enturbiando la brillantísima luz de sus ojos y afeando aquella faz divina, cuya belleza baña de gloria á los espíritus bienaventurados. ¡Crueldad inaudita! El Hijo de Dios, Aquel que con solo abrir sus divinos labios sacó de la nada al campo de la realidad cuanto tiene vida sobre la tierra, que domina en los cielos y en los infiernos, que con sola una palabra puede reducir á polvo todas las criaturas, se ve escarnecido, abofeteado, escupido, azotado y coronado su cabeza con diadema horrible por aquellos mismos que Él había creado, por aquellos mismos á quienes había escogido para su pueblo, por aquellos á quienes venía á redimir.

Instigada por los poderes del Infierno aquella desaforada chusma de sayones, pone entre las manos del Salvador por cetro una caña, para dar á entender que su reino era movedido como caña, y que Él era un Rey atolondrado y sin juicio. Para su mayor tormento golpean con la caña, que le habían puesto en las manos, la augusta cabeza, ahincándole más adentro las espinas y abatiendo aquella nobilísima



JESÚS ARROJA DEL TEMPLO Á LOS MERCADERES.

frente, por cuya humillación y abatimiento habíamos de levantarla nosotros, que la teníamos abatida y humillada por la culpa.

En la coronación de espinas de nuestro amable Redentor se nos manifiesta de modo admirable o equivocados que resultan los

juicios de los hombres al compararlos con los juicios de Dios. Aquella corona de espinas que por afrenta ceñían los crueles judíos a las sienes augustas del Salvador, significaba la perpetuidad del reinado de Cristo sobre las almas y su triunfo perpetuo contra los pode-

res del Infierno, comprándonos á costa de su sangre este reino y este triunfo, y enseñándonos que para conseguirlo es menester que adornemos nuestras frentes con la corona del sufrimiento y de la humillación. —X.



JESÚS CORONADO DE ESPINAS.

La Iglesia ante la impiedad:

I.

El patrimonio de la Iglesia son las persecuciones, el martirio, los dolores de todo género.... Así se lo había profetizado su divino Fundador y así al pie de la letra se cumplió desde el primer instante en que lanzó su predicación á un mundo, entregado á cultos demoníacos, hasta el actual momento histórico, en que la *barquilla de Pedro* navega por tempestuosos mares, por los mares de las revoluciones y de los trastornos, que comenzaron ya al finalizar el siglo de la enciclopedia.

La sinagoga, queriendo primero imponer silencio á los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, persiguiéndoles ferozmente después, y por último dando muerte á los Santiagos y al Diácono Esteban; Nerón, iniciando aquella serie de persecuciones sangrientas, en que perecen más de once millones de súbditos del Imperio; Constante, hijo del gran Constantino, entremetiéndose en los asuntos dogmáticos; los emperadores de Oriente, fomentando la herejía y el cisma; Enrique IV de Alemania, pretendiendo avasallar al representante de Cristo en la tierra, y queriendo forjar á su arbitrio una disciplina que satisficiera su desmedida ambición; los reyes de la cristianísima Francia, desmembrando de la unidad y comunión católica una parte grandiosa de la Iglesia, serán los eternos testigos, aunque bien á pesar suyo, en la Historia eclesiástica, del cumplimiento de aquellas admirables palabras con que el *Hijo del hombre* alentaba á sus débiles discípulos momentos antes de la Pasión: *Si el mundo os aborrece, sabed que antes á mí me aborreció.*

Mas la Iglesia se presentó ante estos colosos del poder con la placidez y calma que caracteriza la certeza del triunfo, con la seguridad más absoluta de no ser arrollada por las desenfrenadas olas del averno; sabía que los impíos se elevan en ocasiones como los cedros del Líbano, pero sabía también que la palabra de Dios es inmutable, y que antes que ella pasara, pasarían los cielos y la tierra; sabía que á continuación de la promesa de persecuciones y martirios sin cuento, añadiría su divino Maestro la siguiente expresión: *Pero no queráis temer. Yo he vencido al mundo.*

Y en efecto, la impiedad fué vencida, y una herejía en pos de otra, un error en pos de otro error, un perseguidor y heresiarca en pos de otro fueron cayendo en la sima obscura y profunda del desprecio, del ludibrio y del ridículo, permaneciendo en medio de tales desastres la Iglesia que, ensangrentado su vestido, después de tantas y tan terribles batallas, indicale al mortal el derrotero seguro, que á la Verdad conduce.

II.

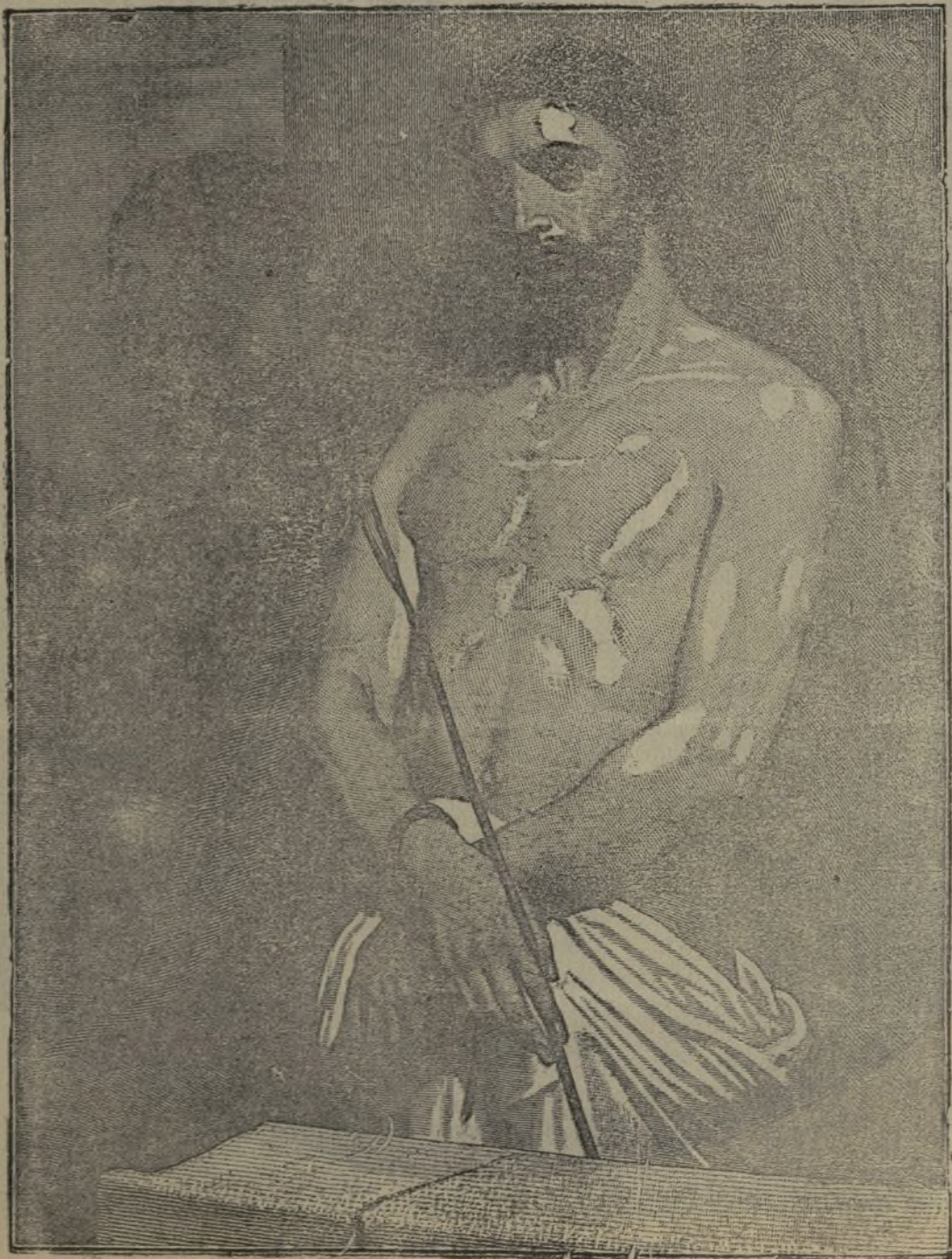
No por esto se amedrentó el infierno, y de nuevo comienza la lucha bajo nuevos planes y con armas doblemente homicidas: las armas de la calumnia. Se acordó Satanás de la escena ocurrida delante del pretorio de Pilatos, cuando éste presentó al populacho á la misma Verdad, abofeteada, escupida, azotada, escarnecida y coronada de espinas, diciéndole: *Ecce homo*; se acordó de cómo aquella turba frenética al ver á Jesús, á aquel mismo Jesús, que poco antes daba vida á los muertos, vista á los ciegos, salud á los tullidos y paralíticos, hecho el oprobio y la abyección, gritó desaforadamente: *Tolle, tolle, crucifige eum*: *Quítale, quítale, crucifícale*; se acordó,

su bandera de reforma. Se comenzó por acusar al catolicismo de haber pervertido sus dogmas; para obviar esta dificultad se inventó el descabellado principio del *libre examen*, que ha producido él solo infinitas víctimas y abierto una serie de hecatombes que principió en Alemania con la guerra de los campesinos, pasó por Francia, envolviéndola en matanzas horribles y sangrientas, llegó á España, trastornándola por completo, y envolvió al mundo entero, sin vislumbrar hasta el presente el término feliz de esa impía creencia.

Y el *libre examen* se consideró, por todos los sectarios como la palanca poderosa para acabar con la obra de Jesucristo, y merced á ese falso dogma se predicó violentamente contra su obra y se la cargó de insultos y de maldiciones, haciendo llover sobre ella toda una desencadenada tempestad de malas pasiones,

guerra á esa institución admirable, cuyo paso por la tierra es exactamente igual al de su divino Maestro: *Hacer bien*.

Así se hizo y se hace la guerra á la Iglesia, así se la presenta á la faz de los pueblos, diciendo de ella, como en otro tiempo se dijo de Jesús: *Ecce homo*, y los pueblos, ebrios de malas doctrinas é instigados por su ignorancia, no aciertan á descubrir tras aquellas imposturas y blasfemias el origen divino, la verdad, que á pesar de todos los amaños de la impiedad brilla y brillará siempre en su hermoso, hermosísimo semblante, y por eso cuando los nuevos Pilatos la presentan al populacho segunda vez clamando: *Eccerex vester*, vocifera aún más la turba: *No tenemos más rey que al César*. La libertad, el libertinaje es nuestro rey.



LA IGLESIA ANTE LA IMPIEDAD.

repito, y se dijo: este es mi plan de combate, procuraré hacer odiosa á los pueblos la misión de la Iglesia, inventando crímenes, cuya responsabilidad la alcancen; la presentaré llena de liviandades y de excesos, enemiga de todo orden y progreso, tiránica de las conciencias, mal armonizada con la libertad, mal avenida con el adelanto de los tiempos y patrocinadora de instituciones, cuyo único objeto sea la soberbia y el egoísmo más desenfrenado; suscitaré escribas y fariseos de los modernos tiempos que, á pretexto de especiosas palabras de ciencia, libertad y progreso, vomiten contra esa Iglesia toda clase de calumnias y de acusaciones.

Tal es el plan de campaña, cuyo programa cumplió al pie de la letra la impiedad, desde que en mal hora el fraile de Witemberg alzó

cuyo resultado en nuestra querida España fué la expulsión de los Jesuitas, la primera reducción de conventos, la desamortización, la matanza de religiosos, la exclaustación de innumerables vírgenes, los atentados de la *septembrina*, la descristianización de las leyes, los crímenes de anarquistas, que llenaron de luto poblaciones importantísimas, y quizá quizá sean la causa de la pérdida de nuestra historia colonial de América y Asia.

¿Que más? no fué fructífera la enseñanza satánica? Y si á esto se añade que en nombre de ese mismo principio de libre examen se ha imputado á la Iglesia, no solo la responsabilidad de todos los crímenes ya enumerados, sino que también el fomento de la ignorancia y de la holgazanería, se echa bien de ver la astucia de Satanás para mover la

¡Turba maldita sobre cuyas cabezas caerá la mano inexorable del Omnipotente!



MATER DOLOROSA.

«Al tender la mirada sobre el vasto océano Atlántico, topan nuestros ojos con una mole inmensa de agua, rodeada por todas partes

de un horizonte blanquecino; pero aquella vasta extensión de agua nada nos dice, ni de las innumerables y varias formas de vida que encierra en su seno, ni de los deliciosos jardines que brotan bajo las ondas, henchidos de plantas de los más vívidos colores; ni de los bancos de corales, ni de las tupidas algas de verde tornasolado, ni de las grutas abiertas en rocas fantásticas, bordadas por árboles pajizos, como espesas palmeras, bañándose en las ondas azules; ni de las plantas relucientes y jaspeadas, grandes como árboles, y que forman avenidas como de parque cultivado; ni, en fin, de aquellas leguas y leguas de florestas teñidas de rosicler en donde fermenta la vida con las más extrañas formas y magníficos aspectos que sobrepujan la más rica inventiva.

»Pues esto sucede con el océano de dolores que mueve sus olas sobre las escondidas profundidades del corazón sin mancha de la Madre de Dios (1).»

Ciertamente; pónese el alma á contemplar el cuadro grandioso de la Pasión del Salvador; y al punto ve ese cuadro tristísimo destacarse con poderoso relieve la figura excelsa de María; no hay dolor de Jesús, no hay afrenta por Él sufrida, ni lágrima ni gota de sangre por Él derramadas, cuya meditación no nos traiga el recuerdo de aquella Mujer incomparable, de aquella Madre sin igual, sufriendo siempre que sufre Jesús, sintiendo en su corazón, en su alma todos los mismos dolores y tormentos que afligen al Dios-Hombre.... Ligados Hijo y Madre por vínculos poderosísimos de sangre y de amor, no late una sola vez el Corazón dulcísimo del Hijo, sin que á ese latido responda como á la voz el eco, el corazón de la Madre, movido por el mismo sentimiento que mueve al del Hijo; sabe esto nuestra alma; sabe que es para Jesús María, qué papel la corresponde en el plan divino de la redención, cuán grande es á los ojos del Señor la que se llamó esclava suya... sabe esto nuestra alma ilustrada por la fe, y por eso van siempre inseparablemente unidos en el recuerdo, en la piadosa meditación los dolores de Jesús y los dolores de María, como juntas van siempre sus alegrías, sus glorias, sus triunfos.

Grandes debieron de ser, por lo tanto, los sufrimientos de la Virgen, muy grandes; ¿podremos medir esa grandeza? ¡Ah! bien dice el piadoso autor, citado más arriba, que es misterio impenetrable para nosotros la inmensidad de ese océano de dolor y de amargura. Nos suspende y maravilla lo que de ese dolor alcanzamos á ver, y sin embargo, es nada, si se compara con lo que se nos oculta.

La compasión, como enseña Santo Tomás, nace del amor, y proviene de que, mirando al amado como á sí mismo, el que ama participa de los dolores de él y se aflige como con los suyos propios. Por eso el Apóstol recomienda como lección de verdadero amor que nos regocijemos con aquellos que se regocijen, y que lloremos con los que lloran. Y claro se ve que la compasión será más perfecta, la participación en el dolor ajeno más grande, cuanto más alto sea el grado á que el amor se eleve. Pues bien; ¿qué amor creado puede ponerse en parangón con el que María tuvo á Jesús? ¿Dónde buscar una expresión, una fórmula que nos dé la idea exacta de él?... Tratábamos de descifrar el misterio del dolor de María, deduciéndolo de su amor á Jesús, y nos encontramos con que este amor es otro misterio para nosotros; hemos querido buscar la medida de ese dolor en la fuente de él, y nuestra razón sigue sin comprender lo que vainvestigando, porque tampoco comprende toda la grandeza, toda la intensidad del amor de María á su divino Hijo.

A todos, sin embargo, puede decirnos algo el corazón, sobre las íntimas relaciones que median entre el dolor y el amor; á todos nos lo dice. No tendrá esta voz dulcísima de nuestro pobre y pequeño corazón eficacia bastante para rasgar ante nuestros ojos el velo del misterio que nos ocupa; no llegaremos, por lo que nuestra alma nos enseñe, á comprender cuán grande fué el dolor de la Madre de Dios; seguirá el misterio; pero, si escuchamos dócilmente lo que nuestro corazón nos diga, aprenderemos á tener en mayor estima cada día esa grandeza que se nos oculta, sabremos rendir al dolor imponderable de María el homenaje que los misterios merecen.

de sentimientos, á medida que el afecto sea mayor.

»María vive en comunicación y trato íntimo y constante con Jesús. Desde Belén hasta el Calvario está siempre con Él, oyendo sus divinas enseñanzas, presenciando las maravillas de su poder, gustando en delicias inefablas las dulzuras celestiales que del divino corazón brotan sin cesar para transmitirse al corazón de Ella; en María se derraman con divina riqueza las maravillas de la gracia que aquel divino Corazón atesora; para ella son las más delicadas ternezas, las más blandas caricias, los beneficios y favores más insignes, las efusiones más abundantes del Corazón de Cristo... Si un rasgo hermoso, una cualidad buena, un favor insignificante, arras-



MATER DOLOROSA.

¿Quién no ha sentido las dulces emociones de la amistad verdadera? ¿Quién vivió tan aislado del trato y comunicación con sus semejantes, que jamás haya experimentado el sentimiento del cariño que este trato engendra? A todos nos enseña la experiencia que el corazón no sabe vivir sin amar, que incesantemente busca otros corazones á quienes pueden transmitir la vida del suyo, sea para aumentar sus alegrías, sea para mitigar sus tristezas. Unida nuestra alma á la de nuestro semejante, por ese lazo hermoso del cariño sincero, de la amistad cordial, ya no es libre para sustraerse á lo que en otra alma suceda; gozará, si el amigo está contento, sufrirá si éste padece; y se hará más íntima esta unión

tran noblemente nuestro corazón hacia la simpatía, la admiración, ó la gratitud, y esto basta ya para que lloremos cuando veamos sufrir á nuestro amigo. ¿Quién llegará á sentir ni expresar los dolores de María, al ver cómo sufre y cómo muere aquel mismo Jesús, á quien tan bien conoce, cuya sabiduría y cuya santidad Ella admiró como nadie, y de cuya misericordia Ella como nadie conoce por excelencia los favores?

Ámale además como á su hijo, é hijo único. «Si las fieras—dice un escritor—se dejan hacer pedazos y se ponen en manifiestos peligros por librar á sus hijos de ellos, ¿qué obraría el amor natural en las entrañas pia-

(1) Faber. *María al pie de la Cruz*, cap. 1.º I.

«dosas de tal Madre, cuando viese en tantos peligros á tal Hijo?»

«... Vístelo desnudo»—sigue diciendo el mismo autor, hablando con Nuestra Señora—«y no le pudiste cubrir; vístelo transido de sed, y no le pudiste dar á beber; vístelo injuriado, y no le pudiste defender; vístelo infamado de malhechor, y no pudiste volver por El; viste escupido su rostro, y no le podías limpiar; finalmente, viste sus ojos corriendo lágrimas, y no se las podías enjugar» ni recojer aquel postrer aliento que de su sagrado pecho salía, ni juntar en uno los rostros tan conocidos y tan amados, y morir así abrazada á El» (1).

Otro lazo de amor inefable unía estrechamente á María con su Hijo. Este Hijo era Dios, y como á Dios le ama su Madre, como á su Creador; y como al Autor de todo bien, como al Bien sumo... Los prodigios que acompañan á la vida de la caridad santa en el alma, son inenarrables; ¿quién podrá decir lo que es la caridad en el alma inmaculada de la Virgen? ¿Quién dar á entender lo que fué esa caridad ardentísima en los días tristes de la Pasión de Jesús, en la calle de la Amargura, en el Calvario, al pie de la Cruz, junto al sepulcro?...

Que María, fuente del Amor, nos haga sentir algo de los dolores que traspasaron su alma; que no caigan en vano sobre nosotros, que no sean para nuestra mayor desventura ni sus lágrimas, ni la sangre de su Hijo.
Lloremos con Ella.



A Jesucristo crucificado.

Inocente cordero
en tu sangre bañado,
con que del mundo los pecados quitas,
del robusto madero,
por los brazos colgado
abiértos, que abrazarme solicitas:
ya que humilde marchitas
la color y hermosura
de este rostro divino,
á la muerte vecino;
antes que el alma soberana y pura
parta para salvarme,
vuelve los mansos ojos á mirarme.

Ya que el amor inmenso
con último regalo
rompe de esa grandeza las cortinas,
y con dolor intenso
arremado á ese palo
la cabeza rodeada con espinas
hacia la Madre inclinas
y que la voz despides
bien de entrañas reales,
y las culpas y males
á la grandeza de tu Padre pides
que sean perdonados:
acuérdate, Señor, de mis pecados.

Aquí donde das muestras
de manirroto y largo
con las palmas abiertas con los clavos;
aquí donde Tú muestras,
y ofresces mi descargo;
aquí donde redimes los esclavos,
donde por todos cabos
misericordia brotas,
y el generoso pecho
no queda satisfecho,
hasta que el cuerpo de la sangre agotas:
aquí, Redentor, quiero
venir á tu justicia yo el primero.

Aquí quiero que mires
un pecador metido
en la ciega pasión de sus errores:
que no temo te aires
en mirarte ofendido,
pues abogando estás por pecadores:
que las culpas mayores
son las que más declaran

(1) Palma, *Hist. de la Sagrada Pasión*, capítulo XXXVII.

tu noble pecho santo.

de que te precias tanto:

pues cuando las más graves se reparan
en más tu sangre empleas
y más con tu clemencia te recreas.

Por más que el peso grave
de mi culpa se siente
cargar sobre mi corvo y flaco cuello
que tu yugo suave
sacudió inobediente,
quedando en nueva sujeción por ello;
por más que el suelo huella
con pasos tan cansados,
alcanzarte confío:

que, pues, por el bien mío
tienes los soberanos pies clavados
en un madero firme,
seguro voy que no podrás huirme.

Seguro voy, Dios mío,
de que el bien que deseo
tengo siempre de hallar en tu clemencia
de este corazón frío.
á quien ya claro veo
por las ventanas de ese cuerpo abierto,
que está tan descubierto,
que un ladrón maniatado
que lo há contigo á solas
en dos palabras solas
te lo tiene robado:

y si esperamos, luego
de aquí á bien poco le acertará un ciego

A buen tiempo he llegado:
pues es cuando tus bienes
repertes con el Nuevo Testamento.
Si á todos has mandado
cuantos presentes tienes,
también ante tus ojos me presento.

Y cuando en un momento
á la Madre Hijo mandas,
al Discipulo Madre,
el Espíritu al Padre,
gloria al Ladrón;
como entre tantas mandas
ser mi desgracia puede
tanta, que solo yo vacío quede?

Miradme, que soy hijo,
que por mi inobediencia
justamente podeis desheredarme.
Ya tu palabra dijo
que hallaría clemencia,
siempre que aquí volviese á presentarme.
Aquí quiero abrazarme
á los pies de la cama
donde estás expirando:
que, si como demandó,
oyes la voz llorosa que te llama,
grande ventura espero,
pues siendo hijo, quedaré heredero.

Por testimonio pido
á cuantos te están viendo,
cómo á este tiempo bajas la cabeza:
señal que has concedido
lo que te estoy pidiendo
como siempre esperé de tu largueza.
¡Oh, admirable grandeza!
¡Caridad verdadera!
que como sea cierto
que hasta el testador muerto,
no tiene el testamento fuerza entera;
tan generoso eres,
que, porque todo se confirme, mueres.

Canción, de aquí, no hay paso.
Las lágrimas sucedan,
en vez de las palabras que te quedan:
que esto nos pide el lastimoso caso,
no contentos, ahora
cuando la tierra, el sol y el cielo llora.

FRAY LUIS DE LEÓN.



EL SANTO ENTIERRO

I.

Y aquel cuerpo formado por el Espíritu Santo en las entrañas purísimas de María, desgarrado por los azotes y por los clavos y cubierto de salibas inmundas, fué bajado de la Cruz por unos piadosos varones que le co-

locaron en el regazo de la más atribulada de las madres. Después de haberle tenido por algún tiempo en sus brazos, en medio de la admiración del mundo, atónito á la vista del valor sobrehumano de aquella mujer extraordinaria, María entregó aquellos restos sacrosantos, carne de su carne y huesos de sus huesos, á José y á Nicodemo para que los enterraran. Tomaron estos el sagrado tesoro y empapándolo en mirra aquel cuerpo que no podía corromperse, le envolvieron en una sábana limpia, rodeando su cabeza con un sudario. Así amortajados aquellos restos venerandos, dice un piadoso escritor, es de creer que los pondrían en unas andas y emprendería el camino hacia donde debían ser enterrados, aquella piadosa comitiva, de la que formaba parte la Virgen de los Dolores, desgarrada por la aflicción su alma, y sin que ni siquiera le fuera dado llorar, como á la viuda de Naim, á su único hijo, que había muerto en la flor de la edad; porque las lágrimas son un consuelo y aún no había llegado la hora de los consuelos á la afligidísima Madre de Jesús!

José de Arimatea tenía cerca del lugar donde Cristo había sido crucificado un *sepulcro nuevo, cavado en la Peña, donde ninguno había sido enterrado*. En él introdujeron el cuerpo de Jesús y le cubrieron con una gran piedra. ¡Así desaparecieron de la vista de María aquellos despojos santísimos, cumpliéndose así lo que el mismo Señor había dicho por boca de David: «Pusiéronme en el lago inferior, en las tinieblas y en la sombra de muerte...!»

II.

La simple lectura de este pasaje de la vida del Señor, nos pone de manifiesto la humillación infinita de nuestro buen Jesús. El Eterno Padre había atestiguado en ocasiones solemnes que Jesús era su Hijo amadísimo y por el salmista le dijo: «tu eres mi Hijo, hoy te he engendrado. Pídemelo y te daré las gentes en herencia tuya y en posesión tuya los términos de la tierra.» Y El mismo demostró con hechos que se le había dado toda potestad en el cielo y en la tierra y en los abismos; y con un ademán de su mano aquietó las tempestades y con una palabra resucitó muertos y con un movimiento de sus labios derribó en tierra á los que le prendieron...

En sus manos estaba la omnipotencia y no se hallan límites á su poder infinito... Y sin embargo, en la soledad de un monte, bajo tierra, queda aquel cuerpo que no bastaba envolver en lirios y azucenas! Hombres insensatos le declararon la guerra y El mismo se dejó vencer hasta tal punto, que de su paso por la tierra solo dejaba una Madre transida de dolor y restos ensangrentados, y favores no correspondidos... El había desaparecido de la faz del mundo y sus restos sacratísimos enterrados quedaban en el fondo de la tierra como los de cualquier miserable pecador...! Grande, infinitamente grande se nos presenta Dios embraveciendo los mares, rigiendo la tormenta ó haciendo girar los astros en vertiginosa carrera: ¿pero es menor su grandeza soberana cuando le contemplamos conforme con ser el oprobio de los hombres, morador en obscura y estrecha sepultura? ¡Aquel cuya inmensidad llena todos los ámbitos del mundo! ¡Ah, Señor, razón tenéis para aconsejarnos que aprendamos de Vos á ser humildes de corazón! ¿Y quién puede ser soberbio viéndose á Vos, ¡oh Jesús! el resplandor de la gloria del Padre, envuelto en una mortaja, encerrado en un sepulcro miserable, arrojado del mundo por un populacho soez y embilecido? ¿Quién buscará honores si Vos, Dios mío, os habéis complacido en ser el blanco de todos los insultos, de todas las bajezas, en veros abandonado de todos y de todos aborrecido, si no es de vuestra Madre y de unas sencillas mujeres y piadosos varones?

III.

No menos grande aparece aquí el amor de Jesús á la pobreza! Quien no halló para venir al mundo más asilo que un miserable establo destartado, muere sin que su Madre pueda disponer de un lienzo para cubrir aquellas carnes benditísimas. Su pródiga mano cubre los lirios del campo con espléndido ropaje y de vistosas plumas los pájaros del aire, pero muere desnudo, en un patíbulo infa-

mante, cubierto su cuerpo, no con la púrpura de los reyes, sino con sangre de sus venas, mezclada sacrilegamente con salibas, inmundas... Y cuando llega el momento de entregar á la tierra sus restos despedazados, necesita que la piedad los unja, los envuelva y les preste ajena sepultura. No, no hemos pensado nunca lo bastante en la pobreza infinita de Jesús, que carece hasta de un palmo de tierra donde descansen sus carnes benditísimas. Humillase hasta el abismo el único que es Grande, y Él, que había hecho brotar la tierra de la nada y la sostiene en el espacio, vióse sin poder disponer de unos palmos de esa misma tierra para entregarla su cuerpo yerto.

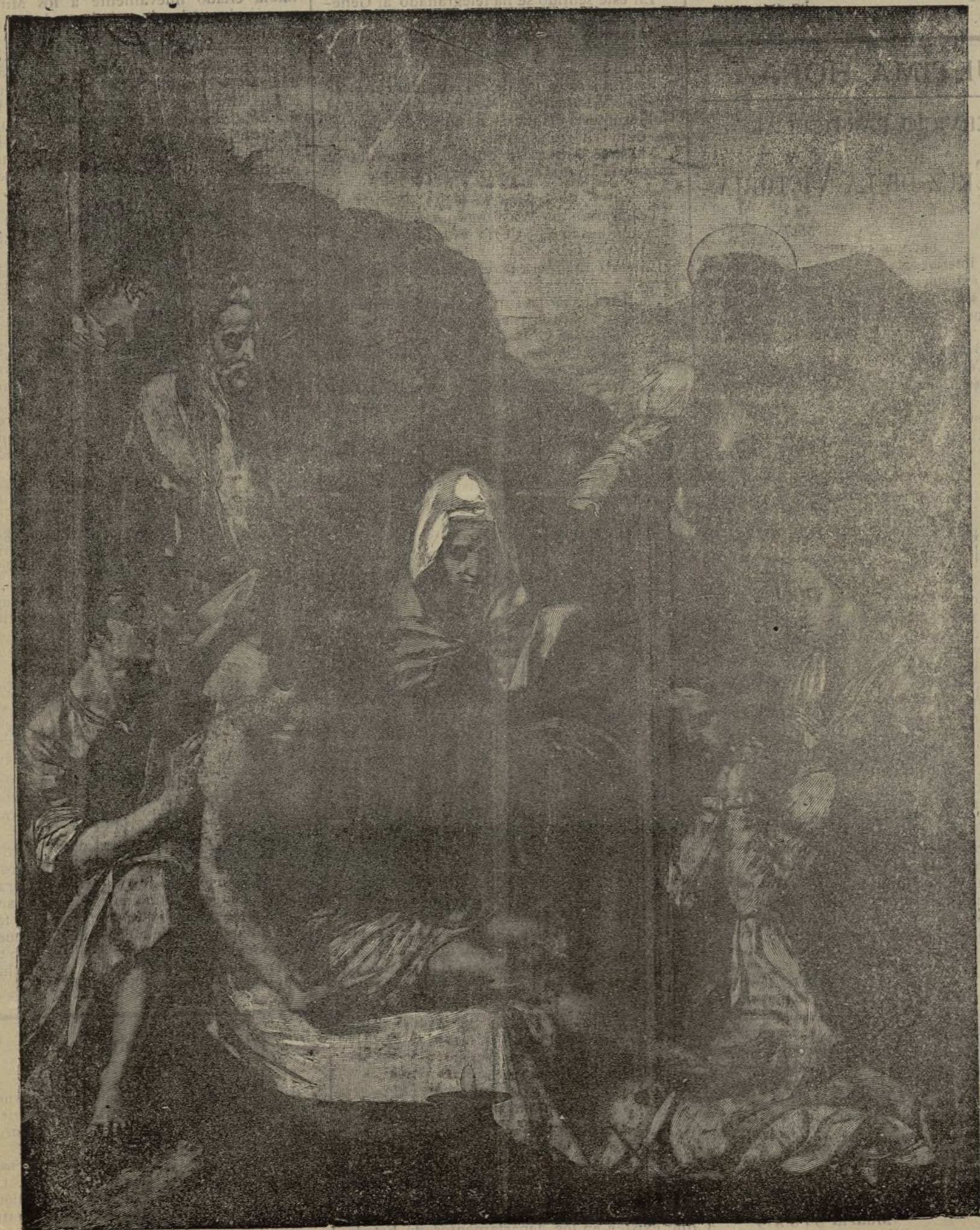
¡A! ¿Para qué sirven las riquezas cuando el Dueño absoluto de todas ellas se ve en el mundo enterrado de limosna? ¿Para qué sirven los bienes de la tierra cuando el Señor del mundo quiso verse privado hasta de poseer

un pedazo de roca que le sirviera de sepultura? ¡Oh, Madre de Dolores! ¿qué sientes en tu corazón cuando ves á tantos hijos tuyos correr desolados tras las riquezas del mundo? Tú que sostuviste en tus brazos el cuerpo inanimado de Jesús y ni siquiera disponías en la tierra de un hoyo donde enterrarle?

IV.

Advierten los Evangelistas que la sábana en que envolvieron el cuerpo de Jesús estaba muy limpia y era seguramente nueva, como nuevo era el sepulcro cavado en la roca y dentro del cual nadie se había encerrado. No rehusó Jesús los insultos más groseros, los más atroces tormentos, las más grandes humillaciones, pero fué su voluntad que su

cuerpo santísimo estuviera en el sepulcro rodeado de limpieza. Y hacen notar á menudo los Santos Padres que nuestro buen Jesús no nos enseña menos con lo que hizo que con lo que habló, y los escritores piadosos advierten aquí que con eso nos indica Jesús cuán limpio debe estar nuestro pecho para recibir su cuerpo sacratísimo en el Sacramento de su amor. Para venir al mundo escogió el seno virginal de la más pura de las mujeres: para salir de él por la muerte eligió, no un sepulcro cavado en la tierra, sino en la roca que es mucho más limpia: ese mismo Jesús que se hizo hombre en las entrañas purísimas de María y que buscó un sepulcro nuevo y limpio para sus restos, viene á menudo, siempre que queramos, á nuestro pecho... Ya que no podamos darle un albergue tan digno como el seno de María... ¿nos atreveremos á ofrecerle un sepulcro donde reine la corrupción y la muerte...?



EL SANTO ENTIERRO.

Imprenta á cargo de Antonio G. Suárez,
San Vicente, núm. 10.